



15

EN EL ANDÉN DE UN SUEÑO — 1883

En un extremo del patio-quinta del convento, dos frailes trabajaban la tierra y preparaban los almácigos para iniciar una huerta. Habían buscado el lugar más soleado, al fondo, detrás de los frutales. El P. Torres, con entusiasmo, incrustaba vigorosamente la pala en la tierra, mientras su compañero, el P. Arabena, rompía los terrones y apartaba las piedras y las raíces de los yuyos. Mientras lo hacían, intercambiaban ideas y analizaban la posibilidad de implementar algún sistema de regadío, no demasiado complejo, pero que fuera eficaz. Era la única manera de poder esperar frutos de esta tierra mendocina, tan seca y que, sin embargo, guardaba en sí tanta riqueza³⁰.

Los sorprendió la campana del convento, llamando a la comunidad. Se miraron con asombro; todavía no era hora de que llamaran. ¿Habría ocurrido algo?

³⁰ En diciembre de 1882, el P. Robalino y sus Consejeros viajaron a Mendoza, donde permanecieron hasta fines de enero de 1883.



De inmediato dejaron sus instrumentos de trabajo, se lavaron un poco en el latón de agua que previsoriamente habían llevado, y entraron en el claustro.

- Hermanos, – dijo el P. Robalino cuando estuvieron todos – acaba de llegar un telegrama de Córdoba, en que notifican el fallecimiento de Su Excelencia Reverendísima, Fr. Mamerto Esquiú.
- ¿Qué? ¿Cómo? ¿Dónde murió? ¿Qué pasó? –Las preguntas se agolpaban y sucedían sin interrupción entre los frailes, que no podían dar crédito a sus oídos.
- ¡Calma!, ¡calma, Hermanos! – levantó la voz el P. Robalino – ¡No puedo contestar a todos a la vez! No tengo los detalles de cómo sucedió. Solo sé que, cuando el mes pasado vinimos nosotros aquí, Su Excelencia viajó a La Rioja, donde pensaba permanecer un tiempo. Ahora, mientras regresaba a Córdoba, enfermó en el viaje... Murió el miércoles pasado³¹, en tierra catamarqueña, su provincia natal.

Se hizo un profundo silencio. Quienes lo habían conocido y tratado en Córdoba, no disimulaban el dolor que les causaba esta noticia: habían encontrado en él un hombre sencillo y humilde, padre y compañero de camino, sabio y fraterno... ¡Cómo no sentir su partida! ¡Cómo no sentir dolor y preocupación por la diócesis, que quedaba sin Pastor en tiempos tan difíciles! ¿Quién lo sucedería?

Pocos días después, otro telegrama les informaba del nombramiento de Jerónimo Emiliano Clara, como Vicario Episcopal en Sede vacante. ¡Jerónimo Clara!... ¿Por qué ese nombre le resultaba familiar al P. Torres?... ¡Ah!, ¡sí! ¡Era el fundador de las Hermanas Concepcionistas! ¡Claro que lo recordaba! ¡Manifiestamente opositor de las ideas liberales y masónicas que el Gobierno pretendía imponer! Era indudable que elevaría su voz en defensa de la fe, la moral y las costumbres cristianas cuando fuere necesario.

Mientras tanto, el P. Robalino preparaba su regreso al Ecuador. En sus últimas disposiciones, erigió el Noviciado en la comunidad de Mendoza, para lo cual bendijo las instalaciones y dio el hábito a dos jóvenes que iniciaban su formación. Para Maestro de Novicios, y rompiendo con las tradiciones, nombró a Fr. Pedro Nolasco Oro, quien no

³¹Murió el 10 de enero de 1883, en El Suncho, Catamarca.



había hecho aún su Profesión Solemne³², tampoco era sacerdote, pero ya se perfilaba como mercedario cabal. Finalmente, nombró al P. Torres como Vicario Provincial, con la misma confianza con que lo hiciera otrora el P. Morales.

Una vez cumplimentado el acto de traspaso de la Provincia, el P. Robalino regresó a su patria. Pocos días después, el P. Torres volvió a Córdoba.

Durante los meses siguientes, la rutina diaria cubrió a la sociedad con un engañoso manto de calma; mientras que, en el mundo político, los liberales comenzaban a mover las piezas de su ajedrez. El tablero había sido abierto con el Congreso Pedagógico. Ahora se iniciaba el juego, con la búsqueda y nombramiento de maestras norteamericanas, no católicas, para distribuir las en la dirección de las principales escuelas del país, bajo el pretexto de no contar con maestras autóctonas debidamente preparadas. De nada valieron las enérgicas protestas del Obispo de Buenos Aires, Mons. Aneiros, y sus reiterados reclamos de que trajeran maestras católicas para no corromper las leyes, costumbres y tradiciones patrias. Todo fue en vano. Sin embargo, en más de una escuela, las nuevas directoras respetaron la fe de sus alumnos y de la mayoría del cuerpo docente, favoreciendo la enseñanza religiosa en los establecimientos a su cargo.

En medio de esta creciente tensión, el P. Torres ultimaba los detalles de su próximo viaje a Montevideo. Había quedado, pendiente de cobro, una deuda que existía desde el tiempo de la colonia con el Convento de Buenos Aires y quería dar punto final al asunto.

- P. Oro, queda usted a cargo de todo. No dude en mandarme un telegrama si surge algún inconveniente. Trataré de ser expeditivo con mi trámite para estar de regreso lo antes posible.
- Vaya tranquilo, Padre. Espero no tener que importunarlo con malas noticias. Y usted, abra bien los oídos cuando pase por Buenos Aires. Dicen que allí “se está cocinando” el rumbo de nuestra patria.

³² Perpetua o definitiva. Es decir que, aun habiendo hecho la primera Profesión de Votos, todavía era “estudiante”.



Días más tarde, el P. Torres pisaba, por primera vez, tierra uruguaya. Allí lo esperaba Don Saturnino Tapia, viejo amigo de los frailes, quien se ofreció como guía y acompañante en todas las gestiones.

Una tarde, en que todo parecía salir mal, que todo estaba trabado, Fr. José León decidió salir a despabilarse dando un breve paseo por la ciudad. En su caminata llegó hasta la estación de trenes y... de pronto, sintió que el corazón le daba un vuelco... ¿Estaría viendo bien? Ese grupo de mujeres, vestidas de blanco... ¿acaso no eran religiosas mercedarias? Con paso decidido se acercó a ellas y, luego de saludarlas con toda reverencia, se presentó.

- ¡Mucho gusto, Padre!
- ¡Qué alegría, encontrarnos con un mercedario!
- ¿Cómo está usted?
- ¿Es de aquí, de Uruguay?
- ¡No! – contestó el P. Torres con una amplia sonrisa – Soy argentino, pero me encuentro haciendo unos trámites para la Orden. ¿Ustedes también están de paso, verdad? Su acento me dice que son españolas...
- ¡Ha acertado usted, Padre! – tomó la palabra la que parecía ser mayor de todas – somos españolas, y estamos en camino hacia Chile, con el objeto de fundar allí una comunidad. Cinco de estas Hermanas comenzarán esta nueva experiencia. Una vez que ya estén instaladas y hayamos ultimado los detalles con el Sr. Obispo, las otras dos regresaremos a España.
- Y... ¿no les interesaría instalarse en la Argentina? Allí estamos los frailes, pero ¡sería tan lindo contar con Hermanas Mercedarias!

Le respondió la risa divertida y fresca de las Hermanas. No era tan fácil pensar en otra fundación. Al menos, no por ahora... El silbato del tren, llamando a bordo a los pasajeros, interrumpió la conversación. Momentos más tarde, solo en el andén, el P. Torres miraba alejarse un sueño. Pero en su pecho se había encendido el vivo deseo de que hubiera religiosas mercedarias en su Provincia. ¡Ya buscaría la manera de encontrarlas!